

# LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año I.

Viernes 1.º de Noviembre de 1861.

Núm. 21.

## EL PADRE Y LA MADRE

EN LA EDUCACION RELIGIOSA DE SUS HIJOS.

El asunto á que se refiere el epígrafe de este artículo, puede muy bien inspirar el magnífico cuadro de la familia en una de las escenas mas sublimes de la vida humana. Pero nosotros, que no contamos con el genio del pintor ni del poeta, vamos á rasguitar sencillamente el papel que corresponde á los gefes de la familia en la educacion religiosa de los hijos.

La educacion religiosa es, igualmente que las demás educaciones, del dominio de la familia, por mas que algunos hombres eminentes hayan pretendido arrancarla de su esfera, ya encareciendo las dificultades que ofrece su realizacion á la generalidad de los padres por falta de instruccion suficiente y adecuada al objeto, ya intentando demostrar que es imposible realizarla, hasta que los niños lleguen á una edad y grado de desarrollo convenientes para comprender los puntos fundamentales de la doctrina y el dogma.

Si las primeras impresiones religiosas no se reciben de la familia, es harto difícil que se consiga mas tarde el desarrollo del sentimiento religioso y una perfecta educacion; porque ningun otro medio de cuantos mas adelante se empleen, podrá reemplazar los gérmenes que aquellas debieron dejar. De aquí resulta que es conocidamente errónea la opinion de que para enseñar á los niños la idea de Dios es necesario tener en cuenta su desarro-

llo, y esperar, en caso de que no hayan llegado, á la edad de seis ó mas años. Pero no basta á nuestro propósito emitir un juicio que la razon y la experiencia están sancionando á cada paso; deseamos llevar á las madres el convencimiento de su verdad para que, persuadidas de la importancia que tiene en los destinos de las prendas mas queridas á su corazon, no solo procuren prepararse debidamente á dar los primeros y mas trascendentales pasos en la educacion religiosa, sino que rechacen con energía y perseverancia todo otro agente, ó toda otra influencia que venga á destruir la unidad y sencillez de su obra, ó á usurparlas las funciones que de derecho las corresponden.

Algunos filósofos y moralistas, guiados por diversos principios y arrastrados por una misma tendencia, la de apoderarse de la educacion, han venido á convenir en las principales razones, por las que se pretende que la educacion religiosa de la infancia no se inicie hasta cierta edad, y que sea confiada á personas de ilustracion, pero extrañas á la familia. Se ha dicho, con una verdad aparente por cierto, tratándose de este asunto, que los niños no pueden adquirir sino ideas incompletas ó falsas acerca de Dios, hasta que su razon ó su inteligencia no llegue á cierto desarrollo. Pero si tal y tan cierto es, como de aquí se deduce, que las facultades intelectuales son las que dan aptitud al individuo para su educacion religiosa, ¿podrá darse con frecuencia que el hombre tenga la suficiente, por el desarrollo de aquellas para comprender sin otro auxilio la



naturaleza de Dios exenta de todo error, y sin mezcla alguna de material y humano en cuanto ella comprenda? La razon de un niño de seis ó diez años, ¿tendrá la fuerza y claridad necesarias para comprender por sí sola lo que pocas veces ha comprendido el mismo genio de hombres de edad provecta? Hablar de Dios á un jóven que no ha tenido preparacion alguna; hacerle explicaciones sobre sus atributos, cuando no ha comprendido aun el sentido de la palabra, es lo mismo que pretender que un ciego de nacimiento vea batiéndole de antemano las cataratas, cuando no percibirá mas luz que la que percibe un recién nacido.

La enseñanza de la gran idea de Dios tiene, á no dudarlo, necesidad de lentas y reiteradas preparaciones; pues es difícil hacerla germinar ni comprender en una edad adelantada, habiendo prescindido de aquellas antes, si no la acoge y asimila el espíritu de un solo golpe y en un solo momento. Los que han querido apartarse de la senda que conviene á una sólida y fecunda educacion, porque suponiendo que desarrollado el individuo físico se inicia é instruye luego al niño fácilmente en su destino moral y religioso, han desconocido completamente el fenómeno de que las ideas no se producen en la inteligencia completas y acabadas de una sola vez, sino que, iniciadas, se desenvuelven y arraigan lentamente.

Así es en efecto: no se conseguiria la mas simple idea en la inteligencia de un niño, si para comunicársela se esperase á que estuviera en estado de comprenderla, atendiendo á lo que ella fuera en sí misma y sin contar con ningun otro género de ideas adquiridas de antemano. Por esta razon, las palabras que las ideas generales fijan en la memoria de los niños, aun sin comprender su sentido, hacen que el niño posea ya signos antes que ideas, y que estos signos se utilicen mas tarde para facilitar la inteligencia de otras, ó que otras nuevas vengan á completar la inteligencia de dichos signos. Esto, unido á que en el orden moral y religioso hay en el individuo impresiones antes que ideas; y que estas impresiones

ejercen sobre el espíritu mas influencia y hasta mas poder que las ideas mismas, á las que protegen y afirman constantemente, siendo propias del orden moral y religioso, es indudable que esta primera educacion debe iniciarse por las impresiones y su cultivo acertado, anteponiéndolas á las ideas, segun sus circunstancias.

Si tomamos un niño, y trabajando sobre su espíritu empezamos á producir en él impresiones antes de comunicarle ideas, podemos llegar á imponerle, por insinuacion ó por autoridad, principios de que no podria despojarse jamás. Este es otro de los peligros á que en sentido opuesto exponemos á la educacion religiosa empezada en edad muy tierna, y que viene á hacer imposible esta misma educacion. Pero semejante peligro es facilísimo de conjurar; y mas aun, la condicion natural de que procede aprovecha en beneficio de la educacion, siempre que la insinuacion ó autoridad que se ejerza sea en el mejor sentido para su dicha, con solo permitir que esta se realice á cargo de la familia, que no puede impresionar y enseñar al niño sino lo que conviene á su porvenir. No hay, pues, medio mas eficaz para preservar á la infancia de una maléfica influencia en su educacion religiosa, que dejar sus primeros trabajos á los padres, en quienes no puede haber otro deseo y otro interés que el del acierto; y con él han de producir y dirigir las primeras impresiones y las primeras ideas. Tambien ellos serán los mas celosos para procurar que el niño sea cuanto antes capaz de razonar y elegir entre las ideas que le hubiesen comunicado, para lo cual aumentarán su caudal en el roce continuo y poderosa insinuacion que ocasionan en todos los actos de la vida.

Mas esto que decimos bajo un concepto general para la educacion religiosa, ofrece alguna diferencia respecto á la enseñanza de la idea de Dios, la mas cardinal de las que compendian, por decirlo así, nuestra creencia, y á la que hemos referido antes nuestras reflexiones. La idea de Dios nos ofrece la particulari-



dad de ser una nocion inherente á toda inteligencia, aun la menos desarrollada; y que no tiene necesidad de inspirarse, sino despertarla, ponerla en claro é iluminarla con las de sus atributos, para que no descanse en el fondo de la conciencia del niño. La educacion religiosa, pues, ha de empezar muy pronto, y es la familia quien debe desempeñarla, á quien pertenece de derecho. Pero aun en el seno de la familia, ¿no hay quién se dispute el derecho de dirigirla? Creemos que nó; porque el padre y la madre han de comprender muy bien el papel que á cada uno corresponde, y los dos sabrán ejercer su influencia sin dividirla ni destruir la unidad que conviene á la accion de sus esfuerzos. He aquí en lo que ha de observarse un cuidado especial, para que cada uno respete la órbita que al otro le está trazada; que no abandone la senda que está obligado á seguir, y tan fácil le es conocer, teniendo en cuenta la consideracion siguiente:

La religion se nos presenta, ó mas bien tiene para la educacion dos aspectos: el uno severo, augusto, solemne; el otro dulce, tierno y afectuoso. De aquí la necesidad de hablar con el primero preferentemente á la inteligencia, y dirigirse por el segundo principalmente al corazon. Así conviene en efecto. La existencia de Dios, su inmensidad, eternidad, sabiduría y poder; la infalibilidad de sus juicios y la grandeza de la creacion, son objetos propios de la inteligencia. La bondad de Dios, su amor á las criaturas, la solicitud de su providencia, la belleza del universo, los secretos de su divina clemencia y sus misteriosas afinidades con nuestra alma espiritual, son objetos propios del corazon y del sentimiento. He aquí los dos campos en que, desenvolviendo el padre y la madre la educacion religiosa de sus hijos, concurrirán á un solo fin, á una sola y misma obra. ¿Y no hay mas medios que determinen ó deslinden la parte que uno y otro debe tomar en ella para su desempeño?

En la idea de Dios se ha de dar á conocer lo que hay de austéro é imponente, de consolador y de dulce, para que la religion nos

inspire la piedad, que es una mezcla de elevado y sin igual amor y respeto hácia él. Teniendo esto en cuenta, al padre pertenece la enseñanza de lo primero, hasta inspirar y afirmar en el alma de sus hijos el respeto y la obediencia: á la madre queda, pues, enseñar el consuelo y la dulzura que hay en Dios, hasta arraigar en el alma de sus tiernas criaturas la esperanza y la confianza. De este modo, y por el concurso de los esfuerzos paternos, se logrará indudablemente que el padre sea quien enseñe á sus hijos á conocer á Dios, y la madre quien los enseñe á adorarlo, estableciendo así el fundamento mas sólido y preparando el fin mas excelente de una buena educacion religiosa.

L. R. y P.

## SOBRE LA EDUCACION DE LOS COLEGIOS.

(Consulta de una madre de familia.)

Estremera 7 de octubre de 1861.

Mi distinguida amiga: Hay personas á quienes se las trata con expansiva confianza desde el primer momento, ya porque una cree reconocer en sí misma algunos de los honrosos sentimientos que en ellas vé desde luego, ya porque su afabilidad aparta la timidez que podria inspirar su mérito. Durante la demasiado corta estancia de usted en este pueblo, se interesó de una manera tan amable en mi viva solicitud por la educacion de mi Elisa, que he creido poder tomarme la libertad de volver á ocupar la atencion de usted sobre este asunto, suplicándole me auxilie con sus buenos consejos.

Mi esposo quisiera poner á Elisa en un colegio de Madrid; está disgustado de no ver en ella ninguna de las habilidades que forman el ejercicio de las artes de adorno y recreo, y me ha dicho muchas veces riendo: «¿Quieres que sea como tú, que no sepa nada?» Esto no lo he mirado como reconvencion, pues él me quiere tal como soy, y se contenta con lo que puedo; pero en su último viaje á Madrid, se encontró en sociedad con dos ó tres señoras jó-



venes, cuyas familias conocemos, que se casaron despues de recibir su educacion en esa córte; las vió distinguirse en bailes y conciertos, y esto lo refiere con frecuencia, diciéndome: «Elisa será mas rica que ellas.» Continuamente se lamenta de no darle una educacion tan distinguida; y si bien, como yo, está vivamente reconocido á la bondad y celo con que la digna maestra de este pueblo nos presta su cooperacion, cree que Elisa no podrá hacer los progresos que haria en Madrid en un colegio, donde solo se ocuparia en sus lecciones y ejercicios, y tendria todos los maestros que necesitase.

Como es nuestra única hija, y tenemos la posibilidad de darle una bonita colocacion, nada omitiríamos para que llegase á estar en sociedad, al nivel de las demás, y no se presentase como una chica de pueblo; sin embargo, no me atrevo á tomar este partido. Mi esposo cree que no tengo valor para separarme de mi hija, y me dice: «Será necesario dejarte tu pequeña compañera, porque estarias muy á menudo sola.» Se engaña, amiga mia; puedo asegurar, y usted me creerá sin dificultad, usted que sabe cómo quiero á mi hija, que me siento con valor, por la felicidad de mi Elisa, para llorar todos los dias al despertar y no verla acercarse á mí. Pero, ¿puedo estar segura de que separándome de ella le prepararé verdaderamente mas felicidad? No conozco los colegios de Madrid; sin duda que deben ser muy buenos, pero no los conozco. Sé que se adquieren en ellos muchas habilidades preciosas, encantadoras; pero las habilidades no llenan la vida de una mujer; y la que ha lucido en las reuniones dos ó tres veces por semana, siempre necesita, despues de todo, volver á buscar en su hogar la felicidad ó las pesadumbres, y aun es necesario que no las encuentre sino en él. Yo no conozco el gran mundo; pero siempre he creído que, aun con algunas dificultades dentro de su casa, una muger es mas feliz que en cualquiera otra parte donde está expuesta á una multitud de cosas independientes de su voluntad, donde sin que lo pueda remediar, su sa-

tisfaccion depende de una infinidad de personas; mientras que en su casa tiene mil ocupaciones que solo dependen de ella, y que le prestan consuelos. He habituado á mi pobre Elisa á encontrarse bien en su casa; y está tan contenta, que no sé si podrá acostumbrarse á estar en otra parte. Pero, aun suponiendo que pudiese conseguirlo, seria necesario que perdiese los hábitos que le he formado. Yo los he creído buenos, amiga mia; nada de cuanto concierne á la educacion de mi hija me ha sido indiferente, y he procurado que todo influya favorablemente en ella; lo cual no me ha sido difícil, porque desde que nació ha sido mi alegría y el objeto de mis mas preferentes ocupaciones. Apenas se ha separado de mí un instante; y en una vida, como usted sabe, bastante activa, me parece que he podido encontrar ocasiones de formar su carácter. No me lisonjeo de dar mucho desarrollo á su inteligencia; pero, por lo menos, creo no haber dejado penetrar en ella una idea perniciosa, ni un mal sentimiento en su corazon.

Seguramente que las personas á quienes yo la confiase no le darian sino buenos principios; pero, ¿sabrian cómo me he valido con mi hija? Tendrán sus ideas como yo tengo las mias; lo que me parezca importante, no lo será quizá tanto para ellas, y querrán tal vez que Elisa dé importancia á cosas de que no la tengo enseñada á hacer gran caso. De todas maneras, oiria muchas cosas diferentes de las que ha oido hasta ahora, y me parece muy difícil que una de las dos educaciones no perjudicase á la otra. Además, se veria rodeada de jóvenes muy bien educadas, de muy buen carácter, no lo dudo; pero en un colegio hay muchas, y yo no estaria en él para escuchar lo que pudiera ser malo y rectificar lo falso: nadie sabrá vigilar á mi hija como estos ojos que no la han dejado un instante. Nadie, nadie en el mundo tendrá para ella un corazon pronto á conmovirse hasta el llanto, temiendo encontrarla con lo que no deba tener. El buen natural de mi Elisa la preservará, estoy casi segura de ello; pero en la edad en que los sentimientos se des-



arrollan; en que una jóven empieza á sentir de una manera muy diferente de como una niña siente, oirá, dirá y pensará una multitud de cosas que habrán comenzado lejos de mí, sin que ella se haya acostumbrado á comunicármelas; adquirirá muchas ideas respecto á las cuales su primer cuidado será ocultármelas. Mi corazon se destroza cuando pienso en esto, y no se destroza por mí sola. ¿Qué fuerza, qué apoyo le quedará á mi pobre niña, si llega á perder el hábito y la necesidad de confiarse á su madre?

En fin, nuestro deseo es casarla en el pueblo, y si es posible, en casa. ¿Deberemos enviarla á buscar en otra parte gustos y habilidades de que luego no sabrá qué hacer en este pueblo, ó será necesario renunciar á nuestro proyecto como demasiado egoista? ¿Deberemos prepararle una vida mas brillante, ó á lo menos los medios de conocerla y elegirla? He aquí una cuestion difícil y compleja, sobre la cual los consejos de usted serán de gran valor, tanto para mi esposo como para mí. El no ha tenido con tanta frecuencia como yo el gusto de ver á usted; pero está poseído de todo el respeto que usted se merece, y me decia el otro dia: «Una señora como esa muy bien podria pasar sin habilidades.» Esto prueba la confianza con que está dispuesto á recibir cuanto usted se sirva decirnos sobre el asunto; y por mi parte, amiga mia, cualquiera que sea el partido que tomemos, estaré tranquila si usted lo aprueba.

(Se contestará.)

#### VIDA DE LAS FLORES.

¡Cuán bello é instructivo es el estudio de la naturaleza! Por ligeras y superficiales que sean las nociones adquiridas acerca de sus principales leyes y fenómenos, auxilian poderosamente la inteligencia para el cultivo de toda clase de estudios, y forman siempre su mas brillante adorno. La ignorancia de ciertos principios y hechos de las ciencias naturales, hoy que son de un dominio casi popular, es un defecto grave hasta en la muger, cuya posicion su-

pone haber recibido una educacion general y completa, en armonía con las exigencias sociales de la época. Con el objeto, pues, mas que de enseñar, de recrear instruyendo, daremos algunos artículos sobre asuntos de ciencias naturales que alternen convenientemente con los que venimos destinando en esta parte de nuestro periódico á enseñar sin recrear.

La vida de las flores es un misterioso fenómeno, que aun sujeto á la marcha regular y constante que le han trazado leyes indeclinables de la naturaleza, será siempre objeto de atenta observacion para unos y meditacion agradable para otros, al paso que no faltará á quien sugiera esta notable consideracion: Si se pudiera vivir del aire y del tiempo como lo hacen las plantas, ¡qué dulce y fácil seria la vida!

¡A cuántas reflexiones nos arrastra este pensamiento!

Es bien cierto que el aire en que vivimos sumergidos encierra todo lo que constituye esencialmente nuestros alimentos. De él pudiéramos alimentarnos directamente, y esto nos emanciparia de la dura ley del trabajo, apartaria de nuestra existencia un sin número de penalidades, y nuestra dicha seria casi completa. Pero detengámonos en la senda á que abren paso estas reflexiones, porque nos veríamos obligados á razonar acerca de la sabiduría con que están armonizados en el mundo moral y el mundo físico fenómenos, leyes y hechos que, considerados aisladamente, no parecen como son, un inmenso bien para los ulteriores y elevados destinos del hombre. Vengamos, pues, al objeto del presente artículo.

No es necesario ser un químico consumado, ni un profundo fisiólogo para demostrar lo que antes hemos dicho: que en el aire que nos rodea se contienen realmente todos nuestros alimentos. Haremos de ello una ligera explicacion.

En nuestro cuerpo, sometido á un último análisis, hallaremos siempre los mismos elementos ó sustancias simples que en el aire que respiramos. Si se desprecian las materias inorgánicas que en corta cantidad y número entran en la composicion de las plantas y de los animales, encontraremos que todos los seres vivientes están compuestos de cuatro principios ó elementos, que son *oxígeno*, *hidrógeno* y *azoe*, gaseosos é invisibles cuando se hallan libres, es decir, separados de toda otra sustancia ó cuerpo, y el *carbon* ó *carbón* que es sólido, y por su reunion al oxígeno se hace invisible como él.



El aire, en cuyo medio se desarrolla todo lo que vive, está formado igualmente por el oxígeno, ázoe y carbon, pudiendo contener accidentalmente el hidrógeno. El agua, tan extendida por la naturaleza, en la superficie de la tierra y en los cuerpos organizados, esta compuesta de hidrógeno y oxígeno; y no hay persona que ignore que el aire contiene siempre igualmente tal cantidad de agua en vapor, que muchas veces se halla saturado de ella.

Es sabido también que el agua tiene gran importancia en la vida de las plantas, absorbiéndola por las raíces con que están agarradas al suelo; pero no es menos evidente que el aire las nutre mas principalmente, porque las lleva y pone en contacto con la mayor parte de sus alimentos. Una prueba incontestable de este hecho nos ofrecen esas praderas que sin abono alguno rinden abundantes cosechas; esos campos de alfalfa y trébol segados dos y mas veces; esas mielgas despojadas veinte veces de sus tallos renacientes, que en lugar de empobrecer el terreno le hacen mejor, mas rico y productivo. Esto dá á conocer que las plantas recogen del aire los principales materiales para su crecimiento. ¿Quién no ha observado también la riqueza del suelo de los bosques descuajados, despues que durante siglos han crecido maderas ó materia orgánica? El suelo, cubierto de humus en mayor cantidad que antes de la formacion de los bosques, se ha hecho mas apto para producir, porque se ha enriquecido.

No hay duda que se verifica un consumo constante de los elementos del aire por las plantas, ya sea directa ó indirectamente: *ellas viven del aire y del tiempo*. Parece que el sosten, el alimento de la vida material, está extendido en el aire; y uno de los principios de esta nutricion, el carbon que es naturalmente sólido, se halla disuelto en el oxígeno, haciéndose invisible á la manera que un terron de azúcar cuando se disuelve en un vaso de agua. He aquí, pues, la vida de las flores, que son la parte mas hermosa y galana de las plantas, donde se acumulan los principios de su nutricion para desarrollar el gérmen que ha de dar vida á individuos de la misma especie. El aire las presta los principales alimentos; y el tiempo, modificando las circunstancias, las permite asimilarlos para crecer y desarrollarse. ¡Oh sábia y poderosa naturaleza!

R.

## CONGRESO DE MODISTAS.

Como están muy en boga en la época presente los congresos, vamos á dar á nuestras lectoras un extracto del que han celebrado las modistas de París, desde donde un amigo nuestro nos ha remitido los siguientes apuntes, suplicándonos la mayor reserva sobre el asunto, para no comprometer á la persona que ha tenido la complacencia de facilitárselos.

Son las nueve de la noche.

La escena pasa en un cuarto entresuelo de una casa de la calle Real, y en un salon de veinte y cuatro metros cuadrados, el cual sirve de taller á Madama R\*\*\*, presidenta de la asamblea modistil.

Cuarenta y cinco hijas de Eva, encerradas en sus correspondientes crinolinas, entran y toman asiento en las banquetas preparadas *ad hoc* para tan solemne acto, despues de haber jurado por la cruz de las tijeras propagar y mantener los interesantes principios que van á discutirse.

Una máquina de coser, rodeada de seis ó siete *champignos*, sobre los cuales hay otros tantos sombreros de diferentes formas, telas y colores, campea sobre un velador colocado en el centro de la pieza.

En el testero se ven un ancho y cómodo sofá de terciopelo grana, y una mesa cubierta con un riquísimo tapete con dibujos color de oro, y provista de una escribanía, dos candelabros de bronce, una campanilla y un dedal.

Cinco minutos antes de empezar la sesion, el taller de Madama R\*\*\* parece un gallinero amenazado por una raposa, ó una colmena en dia de tempestad.

Todas hablan á la vez formando diálogos de silla á silla, y es imposible entender ni una palabra.

Pero Madama R\*\*\* ocupa el sofá de la presidencia, flanqueada por las dos secretarias, suena un campanillazo, y el mas profundo silencio sucede al rúm rúm que formaban aquellas cuarenta y cinco lenguas sueltas á *todo trapo*.

—«Señoras,—dice por fin Madama R\*\*\* tomando la palabra:—por la circular que la junta directiva ha tenido el honor de pasar á domicilio, conocen ya todas ustedes el motivo que aquí nos reune.

»Hoy que todo el mundo se congrega para avanzar mas fácilmente por el camino del progreso; hoy que todo el mundo practica el saludable principio *en la union consiste la fuerza*, que desde hace tantos años es la divisa de la Francia; hoy que las ciencias, las artes, la industria y el comercio se apoyan en la *poderosa palanca* llamada asociacion, para remover los obstáculos que el espíritu de rutina opone siempre á la marcha de cuanto puede conducir á la humanidad hácia su perfeccionamiento; hoy que la discusion ha venido á ser la mas imperiosa de las necesidades sociales y la fuente de donde brotan en abundante raudal los benéficos antidotos que poco á poco van haciendo desaparecer de la faz de la tierra los cánceres que nos legaron nuestros abuelos; hoy, en fin, que el potente soplo de la sabiduría humana desvanece las densas nubes de rancias preocupaciones que antes encapotaban el sol de la civilizacion, nosotras, que también llevamos nuestra *hebra de hilo* al gran telar donde se *confeciona* el manto deslumbrador en que el siglo XIX aparecerá envuelto á los ojos de las edades venideras; nosotras, repito, no podemos permanecer impasibles con la *almohadilla* sobre



la falda, viendo cómo los demás se asocian ó se congregan, sin echar un *pespunte* en ciertas cuestiones que atañen á los intereses de nuestra cofradía.

(Ruidosas muestras de aprobación.)

»Sí, señoras: en nuestro arte (porque nadie podrá negar-nos que somos artistas) hay dos cosas que hoy se hallan en completo antagonismo, y que es indispensable *surcir* de una manera sólida, si hemos de progresar en él: tales son la propaganda del lujo y la seguridad en el pago de las obras vendidas á crédito.

»Conciliar estos dos extremos que tan encarnizadamente y con tan gran detrimento de nuestro bolsillo se vienen rechazando desde hace muchos años, es el objeto del congreso: cada una de ustedes puede emitir las observaciones que le dicte su buen juicio.

»Queda abierta la discusión.»

—(Veinte voces á la vez.) ¡Pido la palabra!

—(La presidenta.) Ustedes la tienen; pero es preciso hablar por turno, si hemos de entendernos.

—(Madama Amalia B...) Señora presidenta, yo la he pedido antes que nadie.

—(Las mismas veinte voces en coro.) Nó, que he sido yo.

—(La presidenta.) Para evitar disputas, hablen ustedes por orden de edades, y que empiece la mas anciana.

(Profundo silencio.)

—(La presidenta.) ¿Cuál es la de mas edad?

—(Muchas voces.) ¡Yo nó!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—(La presidenta.) Pues que empiece la mas joven.

—¡Entonces me toca á mí!

—¡Dispense usted, que es á mí!

—Ni á la una ni á la otra, que soy mucho mas piña....

—Permítame que la diga que no es cierto.

—(Coro general.) ¡Soy yo quien tiene la palabra!

—(La presidenta.) Puesto que no es posible entendernos, suplico á las señoras secretarias que inscriban en papeletas los nombres de las concurrentes para que la suerte decida.

(Muestras de aprobación general.)

Inscritos los nombres en tiras de papel, arrolladas estas y metidas en el casco de un sombrero, la presidenta meneala los rollos por espacio de un par de minutos, y en seguida saca el nombre de Madama Elisa C...

—(La presidenta.) La suerte ha favorecido á usted con la palabra.

—(Madama Elisa C...) No abusaré de ella por mucho tiempo.—Señoras: nuestra digna presidenta ha dicho hace un instante que nadie podrá negarnos el título de artistas, y yo voy, si ustedes me lo permiten, á *desplegar* un poco este aserto; porque si bien la generalidad del público nos aprecia en lo que valemos, y cree que el arte de la tijera es un arte esencialmente liberal, no faltan, por desgracia, todavía seres estóldos que lo clasifiquen en el número de los oficios mecánicos....

(Rumores de indignación.)

Y nos coloquen á nosotras, sacerdotisas de una divinidad á quien el mundo entero rinde culto, en la categoría de simples costureras.

Si por arte se entiende la imitación de la naturaleza y el amor á lo bello, el de la modista debe figurar al nivel de la pintura y de la escultura; porque nosotras, no solo imitamos la naturaleza, sino, lo que es mas, enmendamos las imperfecciones de sus obras. Y para ello no tenemos necesidad,

como los pintores y escultores, de hacer profundos estudios sobre el modelo vivo, ni largos viajes á Roma y á Atenas para extasiarnos ante las ruinas de siglos remotos, ni mucho menos de todo ese enfadoso cúmulo de maniqués y demás utensilios que embarazan los estudios de los artistas.

Con una libra de algodón en rama y un poco de hilo, tenemos suficiente para corregir y redondear las formas defectuosas, y para hacer que pase por un modelo de esbeltez la que sin nuestro auxilio no seria mas que un mango de escoba formado en cruz.

—(Una voz.) Dígalo, si no, la marquesa de L... que se viste en mi casa.

—(Otra voz.) O la duquesa de H... cuyas caderas salieron ayer de mi obrador.

—(La presidenta.) Dejen ustedes continuar á la oradora.

—(Madama Elisa C...) Una vez *doblado* este punto, voy á entrar de lleno en el fondo de la cuestión.

Nuestra digna presidenta ha encomiado tambien los beneficios de la asociación; pero estos beneficios son tales y tan grandes, que yo estoy persuadida de que solo con unirnos podremos conciliar fácilmente la *propagación del lujo y la seguridad del cobro en las ventas á crédito*.

Permaneciendo unidas y poniendo todas en práctica las disposiciones que se toman hoy en el seno del congreso, creo que esos dos principios, al parecer opuestos, llegarán á combinarse antes de un par de meses.

Por mi parte, y sin perjuicio de que cada una exponga los medios que le parezcan mas oportunos, voy á someter á la consideración de la asamblea algunas *medidas* que, en mi concepto, deberían tomarse.

Ustedes saben, señoras, y aquí podemos decirlo porque nadie nos oye, que la base del carácter femenino es la envidia. Este elemento puede servirnos admirablemente para la *propagación del lujo*. Y ¿saben ustedes cómo? Haciendo circular entre las manos de nuestras parroquianas todos los efectos un poco notables que se confeccionen en nuestros talleres. Por ejemplo: cuando tengamos que hacer un traje, una manteleta, un sombrero, un corsé ó cualquiera otra prenda de vestir para una *liona* de primera fuerza, antes de entregar el corsé, el sombrero, la manteleta ó el vestido á la que lo haya encargado, lo hacemos circular de casa en casa,—bajo pretexto de que vean la forma,—teniendo cuidado de colocarle una etiqueta, sobre la cual se halle escrito en caracteres bien legibles el nombre de la propietaria. Esta sola exhibición bastará para que diez y nueve de las veinte señoras á quienes se le haya presentado vayan en seguida á casa de sus respectivas modistas para encargarles otro semejante. El costo de este sencillísimo y eficaz expediente es casi nulo: basta para plantearle tener siempre un par de aprendizas ocupadas en llevar cartones de Herodes á Pilatos.

En cuanto á la seguridad del pago de las cuentas, yo no veo mas que un medio hábil, y es hacer que los maridos de las tramposas de profesion,—de las cuales formaremos una lista general,—tengan conocimiento de los encargos que nos hagan sus mitades.

Concluiré diciendo á la respetable asamblea que me escucha, que la propaganda del lujo, considerada bajo el punto de vista filosófico, es altamente civilizadora y de la mas acrisolada filantropía, puesto que tiende, no á insultar al pobre, como se figuran algunas personas de cortísimos alcances, sino á proporcionarle trabajo y á enriquecer las clases industriales. Cuanto mas gasten los ricos en trapos y superfluidades, tanto mayor impulso recibirán las fábricas, y tan-



to mayor número de brazos se ocuparán en ellas. Si fuera posible suprimir el lujo siquiera por un año, y hacer que todo el mundo se redujese á lo indispensable para combatir el rigor de las estaciones, entonces verían, los que tan insensatamente declaman contra él, morir de hambre á la mitad del pueblo y pedir limosna á los honrados industriales que viven en la abundancia, merced á este elemento nivelador. Por cada capitalista arruinado por el lujo, hay cincuenta fabricantes á quienes ese mismo lujo convierte en pequeños Cresos. Bajo este punto de vista, que nada tiene de sofisticado, nuestra misión es noble como ninguna y digna de que los hombres la mirasen con más respeto. Nosotras, no solo somos artistas, no solo contribuimos con nuestras *puntadas* á la grande obra de la regeneración social, que tan gloriosamente lleva á cabo nuestro siglo, sino, lo que es más, desempeñamos un verdadero sacerdocio, porque así puede llamarse la tarea de hacer que los ricos gasten en lo superfluo, á fin de que los pobres tengan lo necesario. He dicho.

(*Estrepitosos aplausos acogen estas últimas palabras.*)

Las concurrentes se levantan, y al extremo opuesto del sofá de la presidencia se forma un grupo de amigas de la oradora, las cuales empiezan á comentar su discurso.

—¿Han oído ustedes en su vida un trozo de elocuencia más lleno de pretensiones?

—Imposible es *zurcir* mayor número de palabrotas altisonantes en menos terreno. ¡Vaya una tonta de capirote!

—¿Qué sabrá ella de regeneración social, de sacerdocio, ni de todo ese galimatías que acaba de ensartarnos?

—¿Qué ha de saber! ¡pues si no sabe ni armar un sombrero!

—Y ¿qué quieren ustedes? ¡la pobre despunta por ahí! ¡mas le gusta que la llamen filósofa que bonita!

—¡Ya lo creo! ¡lo primero es mucho más fácil!

—Pero, hijas, por Dios, ¿quién había de tener la desfachatez de llamar bonita á esa estampa? ¡Si es un coquito la tal Elisa!

—No tiene más que una cosa buena: los dientes:—por eso cuando habla sonríe con tanta frecuencia.

—¡No diga usted disparates, señora!... ¡Si son postizos!

—¿Cómo! ¿de veras, señora?

—¡Lo que usted oye, hija mía! Yo tengo en mi casa una oficiala que la ha visto limpiándolos.... en la mano.

—¡Ya decía yo que eran demasiado blancos para que fueran suyos!

—Pues lo que es yo, en su lugar, no me pondría á perorar en ningún sitio público, de miedo que se me cayeran.

—¡Báh! ¡Creen ustedes que no toma ella sus precauciones? ¡Por qué habla tan despacio mas que por no escupir sobre el auditorio algún colmillo?

—(*La presidenta agitando la campanilla y el casco de sombrero donde están las papeletas.*) Señoras, suplico á ustedes que vuelvan á ocupar su sitio, porque vá á continuar el sorteo y la discusión. Madama Adela H.... tiene la palabra.

—(*Una voz al paño.*) ¡Pues en buenas manos ha caído el ovillo!

—(*Madama Adela H....*) Seré breve, señoras, é imploro de antemano la indulgencia de esta ilustrada asamblea por las incorrecciones de mi lenguaje: yo no tengo costumbre de hablar en público, y aunque me jacto de saber arreglar como la mejor un *bouquet* de flores artificiales, confieso que soy un cero á la izquierda en materia de flores de retórica. Yo no sé *hilvanar* un discurso como el que Madama Elisa C.... acaba

de pronunciarnos; pero en recompensa, no quiero que nadie me gane á cortar un vestido....

—(*Madama Elisa C....*) Pido la palabra para una alusión personal.

—(*La presidenta.*) Usted la tiene.

—(*Madama Elisa C....*) Desearía que la oradora me dijese si ha tenido intención de inferirme una ofensa con ese corte de vestido tan recalcado.

—(*Madama Adela H....*) De ningún modo, señora. Yo sé perfectamente que usted maneja tan bien la tijera como la sin hueso.

(*Rumores en la extrema izquierda.*)

—(*Madama Elisa C....*) Quedo satisfecha con esa explicación.

—(*Madama Adela H....*) Hecha esta salvedad, paso á los dos puntos que la asamblea se propone conciliar y resolver. En cuanto al primero, esto es, á los medios que hayan de emplearse para la *propagación del lujo*, me adhiero completamente á los indicados por la digna oradora que me ha precedido en el uso de la palabra; pero no me sucede así respecto al segundo. Bueno que se forme una lista general de las principales *tramosas blasonadas* que encierra París, con anotaciones marginales que expliquen la extrategia de que se vale cada una de ellas para *pegar la tostada* al prójimo, porque esta lista será para nosotras una preciosa norma de conducta; mas no puedo menos de combatir la idea de poner en conocimiento de los maridos los encargos que nos hagan sus costillas. Estos señores, cuyos principios económicos son por lo regular exageradísimos, no tardarían en *fruncir* el ceño ante nuestras cuentas y en poner coto á los gastos immoderados. Semejante medio, lejos de contribuir al fin que nos proponemos, contribuiría á causar nuestra inmediata ruina, porque la mayor parte de las que hoy gastan en moños treinta ó cuarenta mil francos anuales, sin permiso ni conocimiento del jefe de la familia, no vendrían á encargarnos ni un mal sombrero de tafetan, por temor á las dimensiones domésticas.

—(*Madama Elisa C....*) La preopinante no ha comprendido sin duda la profundidad, esto es, la intención oculta, digámoslo así, de mi pensamiento.

—(*Madama Adela H....*) Si usted se dignara explicármela...

—(*Madama Elisa C....*) Voy á hacerlo con permiso de la asamblea.

El mal que usted prevee, no existirá mas que por un momento. La *tramosa pur sang* pondrá el grito en el cielo á la primera cuenta que vaya á manos de su marido; pero cuando recorra una por una las tiendas de París y se convenza de que en ninguna parte le abren crédito ni por un par de ligas, sin la garantía del *editor responsable*, concluirá, siempre que sea verdadera *liona*, por hacer economías en el plato, y hasta en la educación de sus hijos, á fin de pagar al contado sus vestidos de baile y sus adornos de blonda. Ustedes saben que la pendiente del lujo es muy resbaladiza, y que una vez puesta en ella la planta, no puede uno detenerse hasta el abismo de la bancarrota. Se me dirá que sería más sencillo no abrir crédito á esas petardistas de profesión; pero es preciso tener presente que á una duquesa, por ejemplo, no se la puede hacer un *desaire* tan marcado, ni tratarla de igual modo que si fuese una griseta del cuartel latino.

—(*Madama Adela H....*) Doy gracias á Madama C.... por sus explicaciones, y quedo convencida de la bondad de su sistema, tanto más, cuanto que puede modificarse infinitamente



en el terreno de la práctica; pero insisto en que se proceda á la formacion de una lista general de tramposas, con anotaciones al márgen, porque se me figura que ese documento debe servirnos de piedra de toque para obrar con arreglo al plan que Madama Elisa C... nos ha *confeccionado* con la sagacidad y el talento que la distinguen.

—(La presidenta sacando otro nombre del sombrero.) Madama Julia X... puede usted ilustrar, si gusta, la cuestion.

—(Madama Julia X...) Me parece sumamente acertado cuanto han dicho mis dignas colegas: por lo tanto creo inútil insistir.

—(La presidenta.) A usted le toca el turno, Madama Elvira Q...

—(Madama Elvira Q...) Lo mismo digo, señora presidenta: creo el punto suficientemente ilustrado y discutido, y soy de parecer que se pregunte al congreso si está conforme con las ideas emitidas por Madamas C... y H... para proceder acto continuo á la formacion de la lista indicada.

—(La presidenta.) Las señoras que se hallen conformes con los medios propuestos á la asamblea, tendrán la bondad de levantarse para indicar su asentimiento.

(Treinta y ocho de las cuarenta y cinco concurrentes se ponen en pié; las siete que permanecen sentadas son las comentaristas del discurso y de los dientes de Madama C...)

—(La presidenta.) Una vez que el congreso adopta, casi por unanimidad, las indicaciones de madamas C... y H... suplico á las secretarias que se preparen á escribir la nómina de las petardistas. Vayan ustedes dictando, de derecha á izquierda, el nombre y las cualidades de la parroquiana mas temible.

—Marquesa R...—Paga bien la primera y la segunda cuenta; pero ninguna de las que pasen de este número.

—Duquesa de Vaun...—Tiene la costumbre de encargar una prenda cuando se le entrega otra, para aplazar indefinidamente el pago.

—Mariscala Toul...—Dá siempre cinco francos de propina á la aprendiza que lleva la cuenta; pero nunca la salda.

—Baronesa Tyrat...—Siempre dice: «voy á mandar en seguida el importe;» pero este no llega jamás á manos de la modista.

—Condesa de Beauf...—Vuelva usted mañana.

—Vizcondesa de Saint-L...—No tengo ahora tiempo para ocuparme en esas pequeñeces.

—Generala Dup...—Siempre está en el campo.

—Madama de la Guer...—Adelanta doscientos francos sobre las hechuras, para atrasar despues cuatro ó cinco mil. Esta especie es una de las mas peligrosas.

—Madama de Sir...—Es una especuladora. Comercia por segunda mano con los fondos que debe á la modista, y paga al fin, al cabo de cinco ó seis años, con los réditos de su mismo dinero.»

La falta de espacio nos obliga á interrumpir esta curiosa lista, cuyo original, si se leyera con nombres completos en mas de una tertulia del faubourg Saint-Germain, habia de producir el mismo efecto que una bomba caída sobre la Santa-Bárbara de un navío.

Cuando las secretarias concluyeron la nómina, se pusieron á extender el acta de la sesion.

Mientras tanto, se formaron grupos, se entablaron diálogos, y volvió á convertirse el espacioso taller de Madama R... en una inmensa grillera, en una segunda torre de Babel.

Así que las secretarias *plancharon* lo escrito... con una

hoja de papel secante, la presidenta volvió á ocupar el centro del sofá, agitó la campanilla y se restableció un poco el silencio.

«Señoras,—dijo,—doy á ustedes las mas expresivas gracias por la manera altamente digna y sensata como se han conducido en esta noche memorable que, á no dudarlo, formará época en los fastos modistiles de la nacion francesa. Las recomiendo que observen con la mayor religiosidad las medidas que acaban de tomarse, porque, segun dije en mi discurso preliminar, de ello depende el porvenir del noble arte de la tijera, y porque así contribuimos tambien á la felicidad de las clases proletarias y al desarrollo del comercio y de la industria.

Nuestro segundo *meeting* se celebrará dentro de seis meses.

Queda levantada la sesion.»

Eran las doce y veinte minutos.

## NATURALEZA DE LA ELEGANCIA.

Los hombres no son iguales; las mujeres son menos iguales aun.

Si los hombres fuesen iguales, serian igualmente buenos en todo; si todas las mugeres fuesen iguales, todas tendrian la eterna juventud de la señora de D..., la voz de la señorita de Q..., el talento de la de M...; pero están muy distantes de ofrecer esta uniformidad falansteriana.

No siendo esto así, creo que hay mugeres nacidas para ir al mercado, otras para ir á los campos, y otras para no ir á ninguna parte.

Lo que consuela de esta irregularidad, si necesidad hay de consolarse, es el ver á menudo, muy á menudo, á la que parece haber nacido para ser gran señora por su belleza, sus gracias encantadoras y su talento, coser y remendar; mientras que la que vá en un magnífico carruaje, tirado por cuatro caballos, estaria divinamente en el lugar de la primera.

Así como se nace bonita, se nace elegante; pero sin belleza de cuerpo ó de cara, la elegancia pertenece á la metafísica trascendental.

Sin embargo, una muger elegante puede pasar sin ser bonita, mejor que una muger bonita, para serlo completamente, puede pasar sin elegancia.

Decir que hay bellezas naturales que jamás han conocido la *elegancia*, es engañarse respecto á la definicion de esta palabra.

La muger que vuelve de la fuente con las manos en las caderas, un cántaro en la cabeza y una flor en la boca, tiene una elegancia de un encanto y originalidad inimitables.

Esto conduce directamente á decir, que hay muchos géneros de elegancia; pero todos, sin embargo, son de la misma familia.

Si la elegancia inglesa no es la elegancia española; si



la una y la otra no son la elegancia francesa, las diferencias pertenecen á las maneras; y las maneras constituyen la elegancia, como la exposicion y el ángulo del sol hacen el buen fruto, aunque el bueno y el malo tengan la misma forma y el mismo nombre.

He dicho que todas las elegancias pertenecen á la misma familia; pero seria erróneo deducir de esto que una elegancia las comprende todas.

La muger arrebatadora por su elegancia, en peinador, á las diez de la mañana, en su casa, regando sus flores ó desplegando su periódico de modas, no es la misma dos ó tres horas despues, bajo la tiranía de su corsé.

La elegancia que se conserva fresca á las tres de la madrugada, despues de veinte contradanzas y diez walses, es de otro orden que aquella cuyo vestido se aja antes de las doce de la noche.

La verdadera elegante de noche vuelve á su casa tan exactamente adornada como salió de su gabinete, no habiendo dejado trás de sí ni siquiera un alfiler, una cinta ó su corazon.

Esto no es una antítesis: el corazon tiene su parte en la elegancia, porque la vanidad sola no la sostiene siempre.

La muger que no ama, dificilmente será muy elegante; la muger que ama mucho, todavía estará mas lejos de esta perfeccion.

Poco amor reanima la elegancia; mucho, la deja descuidada.

Querer agradar á todos, y ser objeto de la atencion de uno solo, es un móvil de elegancia: no pretender agradar sino á uno solo, es exponerse á no ser notada por nadie.

La elegancia es una cierva, el amor es un leon y se la puede comer..... ¡Mucho cuidado!

T.

#### UN REMEDIO CONTRA EL ESPLIN.

No he conocido muger que posea en mayor número ni en mas alto grado las condiciones de la humana felicidad, que la condesa de Campo-frio. Jóven, bella, rica, perfectamente casada; viviendo en medio del gran mundo como uno de sus encantos; no habiendo tenido jamás un capricho que no fuese inmediatamente satisfecho; y poseyendo en Madrid un magnifico palacio, y en la falda de Sierra Nevada el mas precioso, *Cármen*, era Carolina la muger feliz por excelencia: á lo menos así debia ser, y así se creia generalmente. Su rostro, sin embargo, decia lo contrario: era dificil hallar una persona mas aburrida, ni mostrar un aire de mayor fastidio, ni tan displicente como el de nuestra bella condesita; quien, fastidiada así, y disgustada de todo, acabó por creerse enferma. Los médicos se veian confusos por no hallar en ella síntomas de ninguna enfermedad conocida, y, por último, declararon que padecía de los nervios.

La condesa comia poco, no queria ya ver á nadie, y la enfadaban aquellas cosas que antes le eran mas queridas ó agradables: frecuentemente decia que era la muger mas desdichada del universo, no pudiendo nunca explicarse en qué consistia su desgracia. Consultóse de nuevo á los médicos, y obtuvieron como resultado de su consulta que nuestra Carolina padecía el *esplin*, enfermedad inglesa que no ataca sino á las personas ricas y muy dichosas, haciéndolas desgraciadas sobre todo encarecimiento.

Hallábanse en el campo los esposos, cuando cierto dia entró el conde, afectado y triste, en el cuarto de Carolina, y con las precauciones convenientes la dijo, que su palacio de Madrid, con todas las preciosidades que contenia, habia sido presa de las llamas, causándoles una pérdida de mas de cuatro millones. A los pocos dias comunicó el conde á su esposa otra noticia análoga. Su banquero, en quien depositaban toda su confianza, habia quebrado, resultando que ellos perdian la mayor parte de su fortuna; y la señora de Campo-frio, que habia acogido la primera noticia con frialdad, no pudo menos de afectarse tristemente á la segunda, olvidando su jaqueca anunciada para aquel dia. Por fin, otro dia se presentó de nuevo el conde á su esposa, y despues de muchas vacilaciones la dijo: «Estoy desesperado, querida mia: nos hallamos enteramente arruinados, pues nuestro banquero no habia colocado un solo real de los fondos que le habíamos confiado, y que yo creia emplearlos hace tiempo, á lo menos en parte: no nos queda mas que algun millar de duros y esta casa, con lo que apenas tendremos lo bastante para liquidar nuestras cuentas. No lo siento por mí, nó, que yo puedo vivir con muy poco, sino por nuestros hijos, y sobre todo por tí, que estás enferma y tienes necesidad de mucho reposo, de cuidados, de atenciones, y aun de caprichos costosos que no podré satisfacer. ¡Qué desgracia que no tengas, Carolina, una salud robusta! Iríamos á vivir á una provincia, donde yo desempeñaria algun modesto empleo; tú utilizarías tu talento músico; y al cabo hallaríamos medio de educar bien á nuestros hijos, y aun puede ser que de hacer para ellos algunos ahorros á fuerza de laboriosidad y economía.» La condesa tenia corazon: adormecida por la prosperidad; fatigada, satisfecha hasta el hastío, sin que ella misma lo notase, de la excesiva abundancia de goces en que vivia, despertó de su éxtasis melancólico á la voz de la desgracia, y oyendo á su esposo, la halagó, la sedujo la idea de trabajar para la felicidad de aquellos á quienes amaba, sirviendo de algo, en vez de arrastrar de placer en placer una vida inútil.—«Amigo mio, contestó á su esposo, no creo estar tan mala como hasta ahora hemos temido ambos, y te seguiré á donde quieras, encargándome de la educacion de nuestros hijos, sin perjuicio de contribuir con mi trabajo á proveer la bolsa comun.»

El conde dió algunos pasos, obtuvo un destino en



uno de los gobiernos civiles mas distantes de la corte, y allí se desterraron aquellos pobres aristócratas, llevando consigo á sus hijos. La señora no era conocida, no era la misma: levantada desde muy temprano, cuidaba de sus niños, educándolos é instruyéndoles al propio tiempo; y despues de dar algunas lecciones de piano en la ciudad, hallaba todavía ocasion para hacer preciosos bordados, que vendia muy bien; cuidando frecuentemente de atender á la cocina, porque solo tenia una criada.—¿Y tu antiguo esplin? la decia su marido; ¿y tus jaquecas?—«Qué quieres, le contestaba riendo: el buen Dios me ha curado; bien que, por otra parte, los pobres no tenemos tiempo para esas enfermedades elegantes.»—«Pero, ¿estabas antes verdaderamente enferma? replicaba el conde.»—«No sé qué decirte: ahora me parece que nó, y, sin embargo, entonces creia firmemente que lo estaba.» «Mucho agradezco al Señor haberme vuelto la salud del alma con la del cuerpo, aunque el medio ha sido un poco violento,» añadía mirando en su derredor y recordando su esplendor de otro tiempo.

Esperó el conde á que la curacion fuese completa, y entonces declaró á su esposa en una hermosa mañana de primavera su piadoso engaño: aquella ruina, que habia dado lugar á tan heroicas resoluciones, era fingida. Dejaron, pues, la provincia y regresaron á Madrid, sin que nunca mas volviese el *esplin* á molestar á nuestra heroína. Y cuando delante de ella se hablaba de las ventajas de la riqueza y de los inconvenientes de la pobreza, contaba siempre su historia, concluyendo: «Las riquezas me pusieron á las puertas de la muerte, y debo mi curacion á un año de pobreza.»

CARLOTA A. DE L.

### PENSAMIENTOS.

La muger nos enseña: cuando madre, el sentimiento; cuando jóven amante, el honor; cuando esposa, la dicha.

Despues de Dios, la muger es quien hace la dicha de la vida humana; porque reina en la casa, que es su verdadero dominio, y su dominio es su sabiduría.

La muger es el encanto del hombre cuando niña, por su gracia; jóven, por su belleza; y vieja, por su virtud.

La dicha doméstica es un todo uniforme donde se confunden las voluntades: el trabajo del marido la sostiene y el cuidado inteligente de la muger la dá forma.

El hombre vive para el honor, la muger para el amor: ella ama toda su vida, el hombre un solo dia.

El amor del hombre exhala un perfume de egoismo; el de la muger un perfume de heroismo.

La amistad de la muger es en su transparencia un amor que se levanta al borde de una esperanza.

El matrimonio en que predomina el amor, ejerce el hombre un reinado del alma sobre el corazon.

E.

### CONVERSACIONES

#### SOBRE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA.

##### Las tareas domésticas.

*Yo.* No hay nada mas desagradable que un infortunio. Diez veces me he levantado para venirme, y otras tantas me he tenido que volver á sentar para escuchar á uno que no me ha dejado hasta hace un momento; ya es tarde, y nuestra conversacion de hoy tendrá que ser breve, muy á pesar mio, por este incidente.

*La madre.* Elijamos un asunto que no exija largos detalles.

*Luisa.* La última conversacion, sobre las tareas domésticas, no fué completa; es muy sencillo terminarla hoy.

*Yo.* Me parece que no olvidamos nada.

*Luisa.* ¿Creeis que la ropa blanca y los vestidos están siempre nuevos?

*Yo.* Señorita, no tengo tal locura.

*Luisa.* Y cuando no lo son, ¿qué se debe hacer? ¿reformularlos?

*Yo.* Me parece que primero será necesario componerlos.

*Luisa.* Si un accidente cualquiera los deteriora, si estando nuevos todavía se manchan ó se desgarran, ¿deberán quedar desechados?

*Yo.* Es evidente que se deberá reparar el deterioro que hayan sufrido, y continuar usándolos.

*Luisa.* Y ¿quién puede, quién debe encargarse de este cuidado en la casa?

*Yo.* Dispensadme, señorita, estais cometiendo una usurpacion. Me estais interrogando, y yo tengo la simpleza de contestaros. No está bien que me hagais sentir una doble superioridad. Ahora soy yo quien os vá á preguntar con altivez lo que debe hacer la buena ama de casa para tener en buen estado la ropa blanca y las demás prendas de vestir.

*Luisa.* Me propuse enfadaros, y lo he conseguido: ahora voy á ser muy buena y dócil.

Los que creen que el trabajo de reparacion es cosa sencilla y fácil, están completamente en un error. Me vais á perdonar que descienda á pormenores algo vulgares; pero ¿cómo explicar la economía doméstica sin dar á las cosas los nombres que tienen?

Cuando todo se dá á hacer á operarios ú operarias, no hay dificultad posible. Aunque el ama de la casa sea ignorante ó poco hábil, los objetos deteriorados se reparan



y se tienen en buen estado; pero este método no lo emplean las mugeres que conocen y practican el orden y la economía, y saben que no es bueno recurrir incesantemente á una industria fuera de la casa, cuando pueden bastarse á sí mismas, y consagrar á compras útiles el coste de las reparaciones.

Por eso, mamá ha querido, y se lo agradezco mucho, que yo sea capaz de poner *piezas* y echar *remiendos* con cuidado, limpieza y buen gusto. No me ha dispensado del fastidioso y utilísimo arte de *zurcir puntos* y hacer composturas de medias; en fin, me ha puesto al corriente de todas las *composturas* de vestidos ó de ropa blanca que me pudiera interesar conocer bien. ¡Cuántas veces me ha repetido: «Las prendas remendadas ó compuestas á tiempo proporcionan una economía considerable!» Un primer deterioro, pronto trae un segundo; y el *fichu* reparable hoy, no lo será mañana; el menor accidente lo dejará inservible, y será necesario comprar uno nuevo con dinero que hubiera encontrado muy pronto mejor empleo.

Mi mamá ha querido también que yo sepa hacer ciertas composturas ligeras en las prendas de mi papá y de mi hermano. Me ha dicho algunas veces: «El ama de la casa debe conocer todo cuanto puede ser útil á los suyos, y satisfacerlos prontamente sin tener que recurrir por bagatelas á manos extrañas.» He adquirido la reputación de coser con habilidad un bolsillo y pegar un botón con destreza y casi con gracia. Estas miserias no me cuestan mucho trabajo, y os puedo asegurar que producen satisfacciones.

*Yo.* ¿Y os basta el tiempo para estos trabajos sobre todos los demás?

No siempre; pero como son generalmente de poca duración, uno de esos ratos que se llaman *perdidos* basta de ordinario para descartarse de estas tareas. Bien sabéis cuánto puede hacer el buen empleo y acertada distribución de las horas. Sin embargo, llegamos solo hasta el punto en que los trabajos mas esenciales sufrirían retraso si los dejásemos á un lado. Mejor queremos hacer un gasto momentáneo, que dejar á una criada inexperta arruinar-nos con sus torpezas, ó rehusar á un enfermo los cuidados que solo puede recibir de nosotras.

*La madre.* No hay que olvidar que, en este caso, se expone una ya á la torpeza, ya á la mala voluntad de los operarios. Si os dirigís á los que no saben hacer lo nuevo y reclaman lo viejo por privilegio, suelen hacerlo mal; ponen las piezas al revés, hacen costuras salientes y groseras, y cuando entregan su trabajo hay que rehacerlo. Si, por el contrario, confiáis una compostura á un operario ó operaria de primera tijera, desdeñan una ocupación tan miserable y tan por debajo de su mérito, y la desempeñan tan mal como los primeros. Es, pues, razonable y verdaderamente económico el componer por sí misma todo lo mas que se pueda.

*Yo.* Solo me resta una pregunta que hacer sobre esta materia. ¿No encontráis algunas personas dispuestas á burlarse de estos escrúpulos de economía doméstica, y á disgustarse de que una jóven se detenga en ellos?

*La madre.* Encontramos muchas; pero ¿qué nos importa? Uno de nuestros grandes principios de educación consiste en ajustar todos los consejos que se nos dan á la regla del juicio. Cuando una muger desvanecida ó una pisaverde viene á decirnos: ¡Cómo! ¡repasais vosotras mismas la ropa! ¡poneis piezas, haceis remiendos, acortais, alargais los vestidos! ¡eso es una muerte! vuestras manos se estropearán, vuestra vista se cansará; os resignais á tantas molestias por ahorrar algunos reales que debería ganar esa gente honrada cuyo oficio no es el vuestro. Cuando se nos habla así, respondemos nosotras: Tendríais razón, si solo pensásemos en un ahorro quizá secundario; pero no es tal nuestro objeto, aunque aquel sea útil para la casa. Nuestro objeto es encontrar recursos en nosotras mismas, lo cual es un admirable auxilio en todos los casos imprevistos. No tememos que se estropeen nuestras manos, ni que se cause nuestra vista, porque nosotras usamos y no abusamos jamás de estos trabajos. En cuanto á las molestias, no las experimentamos. Todo lo que contribuye al bienestar doméstico tiene tanta importancia á nuestros ojos, que no queda lugar para el disgusto. Cada pormenor, aun el mas mínimo, nos recuerda un deber que llenar, un trabajo útil que hacer, y en la costura mas modesta experimentamos la satisfacción que recompensa á la muger de su casa. No persuadimos siempre; ¿quién puede lisonjearse de persuadir ciertamente á la ligereza y á la irreflexión? pero nos consolamos con la idea de que seguimos un método provechoso para la casa y sancionado por la razón.

*Yo.* Soy de vuestra opinión, y sin la advertencia que nos hace vuestro reloj, que está dando las diez, podría apoyar con ejemplos tan sábias reflexiones, que me han traído á la memoria multitud de hechos; y creo que en todas las familias bien arregladas, el ama de la casa se reserva con gusto esas tareas, que no son despreciables sino para la pereza y la prodigalidad.

## JUEGO.

### LA CÁMARA DE PEDRERÍA.

Hoy que los efectos ópticos han venido á formar un entretenimiento recreativo é instructivo en la alta y media sociedad, puesto que por mil medios y objetos agradables se generalizan los fenómenos científicos y objetos artísticos, creemos no deber pasar en silencio un juego de esta índole, imaginado por el P. Hircher, sábio jesuita.



He aquí lo que se debe hacer para obtener el juego de la Cámara de pedrería:

Se toma una cámara que pueda hacerse oscura, y se expone al mediodía.

En el momento de un fuerte y claro sol se cierran todas las ventanillas de la cámara. En una de ellas se habrá practicado una pequeña abertura rectangular, y por esta abertura entrarán los rayos luminosos. Para recibirlos, se habrá colocado dentro un cuadrado, y unos tras otros en el mismo plano vertical, una serie de prismas de cristal. Pasarán por ellos los rayos, y sufriendo entonces una continuada refracción por los muchos lentes de cristales tallados á facetas, que se habrán colocado en número de seis, alrededor de un sétimo de diámetro igual. Estas facetas deben ser todas de tamaño y figuras diferentes, á fin de operar mayor variedad en el efecto que produzca, que es un espectáculo verdaderamente mágico. Los rayos colorados se dispersarán ó reflejarán en forma de mancha sobre el pavimento, los muros y el techo de la cámara, que parecerá entonces sembrado con profusión de amatistas, rubíes, zafiros, topacios, etc. Las vibraciones de los rayos brillarán como mágicos fuegos, produciendo un efecto que en la naturaleza no tenga igual en lo rico, fantástico y espléndido.

El número de prismas y el diámetro lenticular de las facetas, deben estar en proporción con el tamaño de la pieza ó capacidad de la cámara donde se procura este magnífico entretenimiento, y sobre todo la cantidad de piedras preciosas de que se quiere que las paredes aparezcan cubiertas.

Todos los que han podido dar testimonio del golpe de vista que ofrece, dicen que la sorpresa que causa es un verdadero encanto, y no se puede olvidar la impresión producida por tan espléndida ilusión.

#### ARTE DE HACER FLORES.

**Preparación de colores y tinte de las partes ó piezas que han de formar la flor.**

Siguiendo el orden de preparación que venimos estableciendo, antes de indicar á nuestras lectoras el procedimiento particular de cada una de las bellísimas flores que hoy salen de las manos del arte, imitando, con sorprendente propiedad, á la naturaleza, tenemos, en primer lugar, el

**ROJO PARA LOS TALLOS Y LAS FLORES.** Para su preparación se extiende una capa de rosa vegetal en pasta sobre una placa de metal, á fin de conservarla y manejarla con facilidad, y á la que se llama *rosa vegetal en láminas*. Para aplicarla, se frota ligeramente el tallo con una esponja, apenas mojada, que habrá tomado antes este color de la lámina, y quedará con un tono rojo que imita perfectamente la naturaleza.

Para teñir los pétalos es preferible emplear el rosa vegetal líquido, que es mas fresco, y cuesta, proporcionalmente, mas barato.

**Azul.** Para flores que se han de emplear en adornos de baile, ningún color mas precioso que el *azul claro* ó verdadero *azul cielo* de la tarde, pero con un ligero matiz que tira á verde de día. Este azul se vende en botellas, y para emplearlo es preciso mojar los pétalos, colocándolos en una salvilla y dándoles el color con un pincel: se ponen despues á secar sobre franela, extendiéndolos uno á uno para que sequen mas pronto, como es indispensable procurarlo. Cuando se quiera un azul mas subido, se pueden frotar los pétalos húmedos con el azul en polvo, como se ha dicho para el carmin.

**Manera de hacer las pastas verdes ó amarillas para los cálices de las flores.**

Nada mas sencillo que la preparación de estas pastas. Se echa en una salvilla una cucharadita de almidon, se disuelve con un poco de agua fría y se le añade la misma cantidad de harina bien blanca, para conseguir una pasta que se completa con la goma blanca fundida y bien espesa. Se colora con algunas gotas de amarillo, de las que se echa mas ó menos, segun el tono que se quiere obtener. Para hacer la pasta verde, no hay mas que mezclar con el amarillo una gota de azul fino. Al usar esta pasta se remueve bien, y se aplica tomándola con el pincel.

**Instrucción general para montar ó armar flores.**

Nada mas general que armar las flores al capricho de cada uno y sin observar que conviene sujetar el procedimiento á muy sencillas reglas, que proporcionan, cuando menos, la notable ventaja de adquirir gran espedición y destreza, y dar á la elaboración una perfección extraordinaria.

Como todas las flores se arman de la misma manera, nos limitaremos, en este lugar, á dar una muy sencilla explicación de lo que debe hacerse al efecto.

Para armar una rama, es preciso tener alambre de hierro de todos gruesos; algodón; seda verde; papel del mismo color, y una lámina de rosa vegetal, con una pequeña esponja.

Para armar las flores se dice que debe saberse *voltear*, palabra técnica ó destinada á un trabajo que consiste en tomar un hilo de hierro en la mano izquierda y otro de algodón en la derecha. Se tiene el hilo de hierro entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, y se coloca el algodón bajo el hilo de hierro: despues se le hace voltear, arrollando fuertemente el hilo de hierro y el de algodón entre el pulgar y el índice, que hacen cada uno un movimiento en sentido inverso. A medida que se voltea, se tira ligeramente del algodón, como para hilar, para que no se quede sin unir. El movimiento del volteo



debe hacerse de izquierda á derecha, es decir, empujando el pulgar hácia la extremidad del índice.

Para todo lo que ha de emplearse en la guarnicion del tallo, esto es, algodón, papel, gasa, seda verde, etc., el hilo de hierro ha de voltear, colocando una cosa y otra entre el índice y el pulgar de la mano izquierda. A la conclusion de los tallos se dá un poco de pasta ó cola para concluirlos bien, pero se cuidará de no emplearla jamás en el mismo tallo. Se puede solo mojar ligeramen-

te el principio de la tela de papel verde cuando se ha de emplear.

Jamás se debe voltear con la mano derecha, porque ha de procurarse que esté libre, para adherirlo con facilidad en caso necesario, y colocar con comodidad las hojas, los tallos, etc. Esto puede parecer algo difícil, pero se adquiere pronto el hábito de hacerlo.

L.

## RELOJERA.

El dibujo que damos hoy para este trabajo de señora, se presta perfectamente á la mas agradable labor de fantasía que puede imaginarse, y su ejecucion consiste en lo siguiente:

El primer fondo, es decir, la pala que vá rodeada de feston exterior, es un pedazo de paño ó cachemir amarillo cubierto ó subido, al que se dá la forma y tamaño que ha de tener la relojera: se festonea todo alrededor con seda, tambien amarilla, y el cordon que representa adaptado á su orilla, se hace en cordoncillo de seda torcida. En este estado del trabajo, se tendrá cuidado de corregir un error cometido por el dibujante, que ha colocado muy á la derecha el círculo y la palma que van en la parte inferior y deben ocupar el centro, de manera que el cordoncillo de los festones que lleva el círculo, á semejanza de la pala principal, encajen perfectamente en el trabajo, sin cubrir ni confundirse con nada de aquella.

Concluidos los festones todos y su cordoneado, se adapta una aplicacion de seda verde mar, en la forma que marca el dibujo en la pala, que se guarnece todo alrededor con trencilla de seda color de pensamiento, ó con un punto á cadeneta, ó cordoncillo de seda del mismo color. Sobre este fondo verde se aplica una palma en la forma que indica el dibujo y ocupando el centro del trabajo, que es mitad de terciopelo negro, y mitad de seda color de lila claro, y se guarnece igualmente, ya con trencilla color de pensamiento, ya á punto de cadeneta ó cordoncillo del mismo color. Las nervaduras de la palma se representan por finas perlas de oro, y el perimetro se ejecuta tambien con cordoncillo de oro fino.

Terminado el trabajo en la pala principal, se prepara y ejecuta el círculo ó redondel que ha de contener el reló en la parte inferior. Este se hace separadamente, y se pega á la pala por medio de unos puntos, luego que se halle concluido. Su ejecucion consiste: se corta el círculo de paño negro muy fino y se festonea su orilla con seda blanca; los pequeños ojitos que ocupan el centro de los festones se marcan con perlas de oro ó de cera. Sobre el fondo negro de este redondel, se aplica otro de cachemir *ponzó*, que se guarnece de la misma manera que la palma, es decir, con trencilla de seda pensamiento, ó á cadeneta con cordoncillo del mismo color, y despues á este bordado se le agrega un cordoncillo de oro. En medio del círculo *ponzó* se hace una pequeña palma de terciopelo negro, cuyo inte-



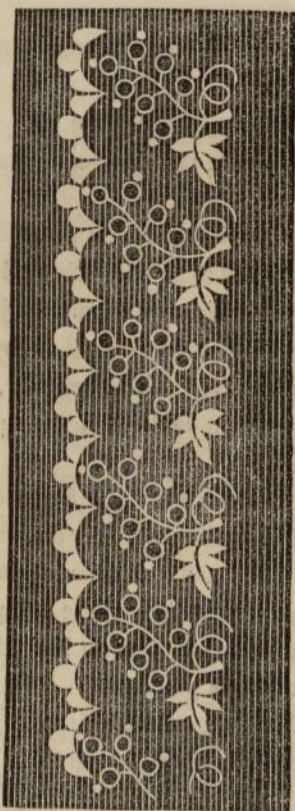


rior vá guarnecido de canutillo de oro ó de canutillo de cristal, cuya forma está destinada para un bordado de trencilla de seda, ó para uno á cadeneta en seda del mismo color. En fin, la guirnalda que rodea exteriormente esta palma se hace con cordoncillo redondo de oro, de la misma manera que el que encuadrilla la parte superior. Concluido enteramente el redondel, se aplica á la parte inferior de la pala, como hemos dicho, pero colocándolo

en el centro de manera que se descubra bien, todo alrededor, la gran guirnalda de cordoncillo de oro, que cierra todo el trabajo por dentro del feston exterior. En la pala, y por encima del redondel, se fija un gancho para suspender el reló, y en lo alto se hace un ojal ó presilla para colgar la relojera en la pared ó cualquier mueble.

L.

## TIRAS BORDADAS.



El bordado que representa este dibujo se ejecuta cordoncillo, haciendo los ojitos negros, haciendo los puntos blancos á punto de nudo y las hojas á plumetis hendido.



Esta tira se borda sobre tul á punto liso.

## MODAS.

Entre las novedades que mas pueden interesar á nuestras jóvenes lectoras, despues de las que dimos á conocer en nuestro último número, al que acompañaba un rico figurin con modelos los mas delicados para trajes de baile, es uno tan completo como propio para boda. El tocado se compone de diadema de flores naranja y espino malvar, entremezcladas con algun follaje verde que, en forma de corona, dá vuelta á toda la cabeza. Velo de tul liso, cogido atrás debajo de la diadema, bien plegado sobre la cabeza y entreabierto, para dejar

ver el pelo y el cuello. Los cabellos divididos adelante en dos grandes bandós de anchos trenzados, que van á unirse al lazo de cabello que cae sobre el cuello, y forma un grueso trenzado á lo circasiana.

Vestido de muselina de la India, lisa. Cuerpo alto, adornado sobre el hombro con entredós de valenciennes formando espaldeta. Los frunces del cuerpo parten de la espaldeta, y descienden hasta reunirse bajo la cintura: un valenciennes rodea el cuello, y desciende por delante hasta la mitad del pecho. Mangas sencillas y fruncidas alre-



dedor: puño formado por lindo entredós de valencienes. Cinturon de tafetan blanco atado á un lado y cayendo en dos largos cabos. Cinco volantes de muselina encañonada guarnecen la falda. Dos tiras de muselina, sencillamente bullonada, van montadas en semicírculo todo alrededor de la falda. Estas tiras tienen cincuenta centímetros de largo y seis de ancho, y forman ondas ó conchas sobre un pequeño volante encañonado de seis centímetros: el volante vá á los seis centímetros; los otros tres á los doce, diez y seis y veinte centímetros.

Dos trajes, á cual mas elegantes, para calle y paseo, son los que caracterizan mejor la presente estacion, y forman la toilette mas brillante de una dama. Es el primero un vestido de tafetan pensamiento, guarnecido por cinco volantes en el bajo de la falda y dos á lo largo, formando tronco en cada paño: un escarolado sigue el mismo movimiento, y en disposicion análoga se pone sobre la manga. Forma parte de esta toilette un pardedú de media estacion, que es una especie de paletót negro un poco ajustado, adornado por delante, y en toda su altura, por rizados de tafetan pensamiento, graduados y separados los unos de los otros por tiras de encaje negro. Las mangas son anchas y adornadas de la misma manera. Un rizado pensamiento, guarnecido de encaje negro, cubre todas las costuras de esta prenda. El traje se completa con un elegante sombrero de tul blanco con bavolet de terciopelo pensamiento y dos pequeñas plumas del mismo color, cogidas sobre una barba de encaje negro, que debajo vá guarnecida por una rama de yedra.

El otro es de tafetan verde, matiz subido, que es la moda de mas rigor en la actualidad. La falda, adornada con doce pequeños volantes, alternando el verde claro y verde oscuro, encuadrillados por otro volante mas ancho, de matiz subido, marcando túnica abierta. El cuerpo escotado, y peto cubierto por cuatro volantes formando V. Las mangas medio largas, y guarnecidas por dos volantes, llevan debajo ricas manguitas de encaje. Cinturon duquesa de tafetan verde. Sombrero de crespon blanco sobre fondo negro, cubierto de una redecilla de cinta verde: ala y bavolet de crespon verde claro, y para adorno, ramas de zarza rosa al exterior.

A los trajes que acabamos de describir, podemos añadir un vestido de tisú mozambique blanco y lila, adornado con una ancha tira de tafetan lila puro, que se remonta en un rizado: dos anchas tiras de la misma tela forman un tableado sobre la falda, llegando solamente á la mitad del cuerpo, donde se abren formando abanico, y terminan en punta. Este adorno conviene igualmente á todos los colores y todos los tisús, porque es de una gracia particular y favorece mucho al talle.

Otro de *baregé* agrisado con dos volantes de quince centímetros de ancho, adornados con una tira de tafetan verde esmeralda, del ancho de tres dedos; un rizado de

tafetán verde sobre los volantes. Cuerpo liso, guarnecido de pelerina cuadrada, con los mismos adornos de la falda. Las mangas con bullonado en lo alto y dos volantes en el bajo.

EMILIA R. y R.

### EXPLICACION

del pliego de dibujos para la edicion completa y suscripcion especial.

- Núm. 1. Marca pedida por una suscritora, á realce y punto abierto.
- Núm. 2. Tira para envoltura sobre tul.
- Núm. 3. Marca pedida por una suscritora para bordar con hilo de oro.
- Núms. 4 y 5. Cuello y puños, á punto de posta y minuto: feston á la orilla; se hace sobre tela doble.
- Núms. 6 y 7. Guarniciones á punto inglés y plumetís.
- Núm. 8. Guarnicion para gorra. Si quiere hacerse mas ancha para pelerina redonda ó cuadrada, se le agrega un segundo orden de flores y se agranda el que tiene.
- Núms. 9 y 10. Cuello y mangas á punto de posta. Se pone la tela doble en la parte alta del cuello y sencilla en el bajo ó orilla, y se bordan encima los dos órdenes de festones, y pueden dejarse así; pero es de mejor vista cortar la tela y dejar un bordado abierto.
- Núm. 11. Ernestina á plumetís.
- Núm. 12. Pañuelo á plumetís y feston.
- Núm. 13. Escudo á plumetís y punto de armas: cifra á feston.
- Núm. 14. Laura á plumetís floreado.
- Núm. 15. Escudo á feston y plumetís.
- Núm. 16. Justina á punto de armas.
- Núms. 17 y 18. Gorro de niño á punto minuto y plumetís.
- Núm. 19. Iniciales pedidas por una suscritora, á realce y abiertas.
- Núm. 20. Entredós á trencilla sobre la orilla de una falda blanca. Tambien puede aplicarse para una preciosa falda milanese y para una capa de niño.
- Núm. 21. Dibujo para bordar con trencilla el bajo de un faldon. Los lazos marcados con dobles líneas se hacen con trencilla mas ancha.
- Núm. 22. Entredós á plumetís para gorra de mañana y prenda blanca de lujo.